

En la carretera que conduce al norte desde Manchester, en el este de Kentucky, hasta Booneville, a treinta kilómetros de distancia, se alzaba en 1862 una casa de plantación, hecha de madera, de una calidad algo mejor que la mayoría de las viviendas de esa región. La casa fue destruida por un incendio al año siguiente, probablemente por algunos rezagados de la columna en retirada del general George W. Morgan, cuando fue expulsado de Cumberland Gap al río Ohio por el general Kirby Smith. En el momento de su destrucción, llevaba cuatro o cinco años vacía. Los campos que la rodeaban estaban cubiertos de zarzas, las vallas habían desaparecido, incluso los pocos alojamientos para negros y las dependencias en general estaban en ruinas por el abandono y el pillaje; porque los negros y los blancos pobres de los alrededores encontraron en el edificio y las vallas un abundante suministro de combustible, del que se valieron sin dudarlo, abiertamente y a la luz del día. Después del anochecer, ningún ser humano, excepto los extraños que pasaban por allí, nadie se acercaba al lugar.

Se la conocía como la Casa Espectral. Nadie dudaba de que allí habitaban espíritus malignos, visibles, audibles y activos, como tampoco de lo que decía el predicador ambulante los domingos. Se desconocía la opinión de su propietario al respecto; él y su familia habían desaparecido una noche y nunca se había encontrado rastro de ellos. Dejaron todo como estaba: los enseres domésticos, la ropa, las provisiones, los caballos en el establo, las vacas en el campo, los negros en el cuartel; no faltaba nada, excepto un hombre, una mujer, tres niñas, un niño y un bebé. No era del todo sorprendente que una plantación en la que podían desaparecer siete seres humanos simultáneamente sin que nadie que se enterara de ello fuera sospechada.

Una noche de junio de 1859, dos ciudadanos de Frankfort, el coronel J. C. McArdle, abogado, y el juez Myron Veigh, de la milicia estatal, viajaban en coche desde Booneville hasta Manchester. Su asunto era tan importante que decidieron seguir adelante, a pesar de la oscuridad y los murmullos de una tormenta que se acercaba, que finalmente estalló sobre ellos justo cuando llegaban frente a la Casa de los Espectros. Los relámpagos eran tan incesantes que encontraron fácilmente el camino a través del portón y entraron en un cobertizo. Luego fueron a la casa, bajo la lluvia, y llamaron a todas las puertas sin obtener respuesta. Atribuyéndolo al continuo estruendo de los truenos, empujaron una de las puertas, que cedió. Entraron sin más ceremonias y cerraron la puerta.

En ese instante estuvieron a oscuras y en silencio. Ni un rayo del incesante resplandor del relámpago penetró por las ventanas o las grietas; ni un susurro del terrible tumulto que se escuchaba fuera los alcanzó. Fue como si de repente se hubieran quedado ciegos y sordos. McArdle dijo después que creyó haber sido asesinado por un rayo al cruzar el umbral. El resto de esta aventura también puede relatarse con sus propias palabras, tomadas del Frankfort Advocate del 6 de agosto de 1876:

»Cuando me recuperé un poco del efecto aturdidor de la transición del alboroto al silencio, mi primer impulso fue abrir de nuevo la puerta que había cerrado y de cuyo pomo no había retirado la mano; lo sentía claramente, todavía en el apretón de mis dedos. Mi idea era comprobar, entrando de nuevo en la tormenta, si me habían privado de la vista y el oído. Giré el pomo y abrí la puerta. ¡Esta daba a otra habitación!

»Esta habitación estaba bañada por una tenue luz verdosa, cuya fuente no pude determinar, lo que hacía que todo fuera visible, aunque nada estaba claramente definido. Todo, digo, pero en verdad los únicos objetos dentro de las paredes de piedra lisa de esa habitación eran cadáveres humanos.

»En número, tal vez, eran ocho o diez, bien puede entenderse que no los conté realmente. Eran de diferentes edades, o más bien tamaños, desde la infancia en adelante, y de ambos sexos. Todos estaban postrados en el suelo, excepto una, aparentemente una mujer joven, que estaba sentada, con la espalda apoyada en un ángulo de la pared. Un bebé era abrazado por otra mujer mayor. Un muchacho medio crecido yacía boca abajo sobre las piernas de un hombre con barba. Uno o dos estaban casi desnudos, y la mano de una niña sostenía el fragmento de un vestido que había rasgado por el pecho. Los cuerpos estaban en diversos estados de descomposición, todos muy encogidos en rostro y figura. Algunos eran poco más que esqueletos.

»Mientras yo estaba de pie, estupefacto de horror ante aquel espectáculo espantoso, y mientras mantenía abierta la puerta, por una inexplicable perversidad mi atención se desvió de la escena impactante y se concentró en nimiedades. Tal vez mi mente, con un instinto de autoconservación, buscó alivio en asuntos que relajaran su peligrosa tensión. Entre otras cosas, observé que la puerta que mantenía abierta era de placas de hierro pesadas, remachadas. Equidistantes entre sí y de arriba a abajo, sobresalían tres fuertes cerrojos del borde biselado. Giré el pomo y se retrajeron al ras del borde; lo solté y salieron disparados. Era una cerradura de resorte. En el interior no había pomo ni ningún tipo de saliente: una superficie lisa de hierro.

»Mientras observaba estas cosas con un interés y una atención que ahora me asombra recordar, sentí que me empujaban a un lado y que el juez Veigh, a quien en la intensidad y las vicisitudes de mis sentimientos había olvidado por completo, entró en la habitación.

«—¡Por el amor de Dios! —grité—, ¡No entre! ¡Salgamos de este lugar espantoso!

»No hizo caso de mis súplicas, sino que (el caballero más intrépido que haya vivido en todo el Sur) caminó rápidamente hasta el centro de la habitación, se arrodilló junto a uno de los cuerpos para examinarlo más de cerca y levantó con ternura su cabeza ennegrecida y arrugada entre sus manos. Un fuerte olor entró por la puerta y me abrumó por completo. Mis sentidos se tambalearon; sentí que caía y, al agarrarme al borde de la puerta para sostenerme, la empujé para cerrarla con un fuerte clic.

»No recuerdo nada más: seis semanas después recuperé la razón en un hotel de Manchester, adonde me habían llevado unos desconocidos al día siguiente. Durante todas esas semanas había sufrido una fiebre nerviosa, acompañada de un delirio constante. Me habían encontrado tirado en el camino a varias millas de la casa; pero nunca supe cómo había escapado para llegar allí. Cuando me recuperé, o tan pronto como mis médicos me permitieron hablar, pregunté por el destino del juez Veigh, a quien (para tranquilizarme, como ahora sé) ubicaban en su casa.

»Nadie creyó una palabra de mi historia, ¿y quién puede sorprenderse? ¿Quién puede imaginar mi dolor cuando, al llegar a mi casa en Frankfort dos meses después, me enteré de que nunca se había sabido nada del juez Veigh desde esa noche? Entonces lamenté amargamente el orgullo que, desde los primeros días después de la recuperación de mi razón, me había impedido repetir mi desacreditada historia e insistir en su veracidad.

»Todo lo que ocurrió después —el examen de la casa; el hecho de no encontrar ninguna habitación que se correspondiera con la que he descrito; el intento de que me declararan loco y mi triunfo sobre mis acusadores— es algo que los lectores del Advocate conocen bien. Después de todos estos años, sigo confiando en que las excavaciones, que no tengo ni el derecho legal de emprender ni los recursos económicos para conseguir, revelarán el secreto de la desaparición de mi desdichado amigo y, posiblemente, de los antiguos ocupantes y propietarios de la casa abandonada y ahora destruida. No pierdo la esperanza de llevar a cabo todavía esa búsqueda, y me causa un profundo pesar que se haya retrasado por la hostilidad inmerecida y la insensata incredulidad de la familia y los amigos del difunto juez Veigh.»

El coronel McArdle murió en Frankfort el día trece de diciembre del año 1879.